

CRÓNICAS DE UN TEMBLOR. LA VOZ DE ELENA PONIATOWSKA EN EL TERREMOTO DEL 19 DE SEPTIEMBRE DE 1985

Rocío Oviedo*

Abstract

El terremoto de México supuso una conmoción que atravesó a la población mexicana. Los periodistas y escritores del momento se hicieron eco en más de una publicación de la situación padecida por el pueblo. En este trabajo, desde la edición de Elena Poniatowska, *Nada, nadie*, se establecen los paralelismos y divergencias con otras obras.

Chronicles of an earthquake. Elena Poniatowska's voice in the earthquake of September 19 1985
The Mexico's earthquake supposed a commotion that crossed the Mexican's people. The journalists and writers of the moment echoed in more of one publication of the situation suffered by the people. In this work, from Elena Poniatowska's edition, *Nada, nadie*, the parallelisms and differences are established by other works.

Cronache di un tremore. La voce de Elena Poniatowska nel terremoto del 19 settembre 1985
Il terremoto in Messico è stato uno shock che ha colpito la popolazione messicana. Giornalisti e scrittori del tempo si fecero portavoce in molteplici pubblicazioni della situazione sofferta dalla popolazione. In questo lavoro, si stabiliscono i parallelismi e le differenze tra Elena Poniatowska di *Nada, nadie*, e altri romanzieri come Carlos Monsiváis, Juan Villoro e Guadalupe Loaeza, tenendo presente le ragioni di stile e il tempo trascorso tra una pubblicazione e l'altra.

Panorama de una catástrofe

En México siempre tiembla. *Nada, nadie, las voces del temblor* es el recuento de voces, vivas y desaparecidas, conocidas y anónimas, es la constancia del valor de una ciudad que cayó y volvió a levantarse, de su coraje contra el gobierno, de su indignación contra el PRI, de su dolor que no olvida (Poniatowska. “*Nada, nadie. Las voces del temblor, 20 años después*”, s.p.).

Estas palabras de Elena Poniatowska cuando se conmemoraron los veinte años del terremoto es una clara definición de su propia obra. Pero no fue la única

* Universidad Complutense de Madrid.

en recoger el testimonio, aunque sí se adelanta a otros escritores al publicarlo en formato libro, apenas tres años después de la tragedia. Previo a su relato surgieron algunas publicaciones que recogen sobre todo experiencias y entrevistas, como la compilación de Enrique de la Garza, *Esto pasó en México* (1985), el libro de Xavier Gómez Coronel, *Terremoto en México: un testimonio de solidaridad* (1985), *19 de septiembre* (1985) y *Zona de desastre* de Cristina Pacheco (1986), *México mártir* de Carlos Samayoa (1986), *¡Terremoto!* De Elena Colmenares (1986) y la compilación *El temblor* (1985), entre otros.

La repercusión del terremoto en la lírica tiene como paradigma esencial a José Emilio Pacheco. “Las ruinas de México, Elegía del retorno” (dedicado a Marcelo Uribe y Hugo Gutiérrez Vega en su obra *Miro la tierra*) refiere en términos poéticos el desastre, bajo la perspectiva del *ubi sunt*, mientras refleja, mediante un sentimiento de culpa, la impotencia frente la magnitud de la catástrofe:

A los amigos que no volveré a ver
a la desconocida que salió a las seis
[...]
a la que iba a la escuela para aprender
computación e inglés en seis meses,
quiero pedir disculpas por su vida y su muerte.
[...]
Muerto que no conozco, mujer desnuda
Sin más cara que el yeso funeral,
El sudario de los escombros, la última
Cortesía del infinito desplome:
tú, el enterrado en vida; tú, mutilada;
tú que sobreviviste para sufrir
primero la caída y poco después
la inexpresable asfixia: perdón (17).

También el cine refleja la magnitud de la tragedia en películas que no siempre tienen como base única el terremoto, sino que tienen como eje central la vida ciudadana como *Ciudad de ciegos* (1989) donde por igual se trata de la huelga de ferrocarrileros o los sucesos del Sesenta y ocho en Tlatelolco hasta culminar en el terremoto del Ochenta y cinco y la relación adúltera entre Saul y Fabiola. Junto a estas producciones conviven los documentales como *No les pedimos un viaje a la luna* (1985) que narra la formación del Sindicato Nacional de Costureras 19 de septiembre, cooperativa creada para exigir derechos y colaborar en la mutua ayuda ante la negativa de sus patrones a pagarles una indemnización o *Héroes entre ruinas* (1985) que, como su nombre indica, destaca la narración de acciones heroicas a veces con un final sorprendente.

La primera película como tal fundada en el terremoto fue la de Francisco Guerrero *Trágico terremoto en México* (1987): el eje central trata la experiencia de una mujer cuyo hijo Miguel nace una hora antes del temblor. De alguna forma se hace eco de los llamados Bebés del milagro, algunos recién nacidos que se encontraban en sus cunas en la sección de obstetricia y que sobrevivieron incluso hasta cinco días después del terremoto.

Pero tal vez la más curiosa sea *Mariana, Mariana* (1987), basada en la obra de José Emilio Pacheco *Las batallas en el desierto* (1981). La película adopta la melancolía del autor que recuerda con nostalgia un tiempo que ya no se puede recuperar, acorde con su concepto heraclitiano del transcurso, y que cuadra a la percepción con el México que literalmente desaparece en el terremoto.

Otras producciones tratan de soslayo el terremoto, como *Muerte a domicilio* de Mónica Lozano donde la tragedia en la vida de dos hermanas se extiende más allá de la muerte de sus padres en el terremoto, o bien *La habitación* de Edher Campos y Luis Salinas compuesta por ocho cortometrajes, dentro de los cuales uno de ellos tiene como eje el terremoto

Treinta años después del terremoto las heridas parecen estar cicatrizadas, como lo demuestra el hecho de asistir durante el presente año al estreno de dos muestras cinematográficas cuyo tema central es el terremoto y que resuenan como un rescate de la memoria colectiva. 7:19 la película de Michel Grau que se estrenará este septiembre, interpretada por Demian Bichir y Hector Bonilla, relata la situación de altos dirigentes del gobierno afectados directamente por la caída del edificio estatal y en segundo lugar, la película dirigida por el actor Kuno Becker, *El día del temblor*, sobre la que el periodismo no se explaya en noticias.

Este panorama permite encuadrar la obra de Elena en un marco donde el eje central no solo es la catástrofe que imprime en la ciudad la fuerza de la naturaleza sino sobre todo el cambio experimentado por México a raíz del terremoto.

Una voz de denuncia

Frente a otros escritores sorprende en la autora cómo logra convertir su obra – centrada en una narración micrófono en mano de los hechos – en una denuncia, y en hacer de ella – con esa inocencia impertinente con la que preguntaba a Rivera que por qué tenía los dientes tan grandes – en una verdadera carga de profundidad que dinamita la política del PRI.

Elena también en este aspecto es pionera pues es de los primeros en darse cuenta de la efectividad política que la acción ciudadana tuvo a raíz del terremoto.

El PRI y su presidente, Miguel de la Madrid demostraron su ineficacia y el apoyo a las corruptelas del poder¹, así como su nulo contacto con la realidad nacional.

En tono muy diferente, aunque redundante en el contenido expuesto por Poniatowska, resuenan las palabras de Octavio Paz, quien también en octubre de 1985 se hace eco del cambio que supuso el terremoto (“Escombros y semillas”): «El temblor nos ha redescubierto un pueblo que parecía oculto por los fracasos de los últimos años y por la erosión moral de nuestras elites. Un pueblo paciente, pobre, solidario, tenaz, realmente democrático y sabio» (s.p.).

La obra de Elena se sitúa a medio camino entre los testimonios inmediatos y las recopilaciones posteriores como la de Monsiváis en *No sin nosotros. Los días del terremoto 1985-2005*. Adquiere un tono propio marcado por la recogida de las voces populares y sus supuestas faltas de dicción que otorgan veracidad y color local a la narración. Pues como señala Claudia Parodi: «casi todos los edificios que derrumbó el temblor estaban en barrios de clase baja como Tepito, Netzahualcóyotl, vía Tapo, Chimalhuacán, Ciudad Azteca y muchos otros. La colonia Roma y la Condesa, de clase media, también sufrieron algunos daños. No se afectaron las zonas donde vivían las clases altas como las Lomas, el Pedregal o San Ángel» (129).

El primer periodista que comenzó a comunicar el suceso fue Jacobo Zabudowsky, gracias a que Televisa le había proporcionado un teléfono móvil. Profundamente impresionado daba noticia de la caída de la torre de Televisa que junto al Hotel Regis y la Colonia Nuevo León se había venido abajo. Pero el desastre no paraba ahí sino que continuaba en la colonia Guerrero, Tepito y Morelos.

La crónica de Elena comienza a ritmo lento, con un protagonista anónimo en un hotel que poco a poco sale del sueño hasta sentir el terremoto y lograr salir finalmente ileso. A través de su mirada se relatan los efectos del temblor hasta adquirir un ritmo trepidante cuando Silvia y José Luis Vital, que se han salvado por no llegar puntuales a su trabajo, se lanzan a la calle y comienzan a sacar vivos y muertos del Hospital General. El laconismo es el sistema efectivo para narrar el horror descrito solo con los números, los hechos y el nombre de los edificios:

Llegaron los scouts y uno de ellos, al ver una rendija bajo una losa en medio del montón de escombros dijo:

– yo me meto

Se oía un llanto, entró el scoutito y sacó al niño. Al salir dijo: ‘Hay otro’

Se volvió a meter y se cae la losa (19).

¹ El intelectual mexicano Gabriel Zaid había predicho en junio de 1985, en las páginas de la influyente revista cultural *Vuelta* dirigida por el poeta Octavio Paz, que el PRI podía perder el poder si viniese un terremoto a gran escala y así sucedió (Arriola. “Los terremotos que cambiaron México”).

Las cifras vuelven a aparecer: los diarios hablan de 4.000 muertos, 7.000 desaparecidos, 10.000 heridos. De edificios que se han plegado sobre sí mismos como la sección E y F del edificio Nuevo León o una de las Torres del conjunto Pino Suárez que «giró tres cuartos de vuelta sobre su eje vertical y acostó sus catorce niveles a ras del suelo» (23).

El horror se transcribe mediante la acumulación de datos, anécdotas y multiplicación de desastres, y va paulatinamente avanzando hasta el final. Todo está saturado, no caben ya los cadáveres, se recogen los cascos, «El espectáculo de un brazo buscando el aire entre piedras y varillas es intolerable» (21). El afán del rescate de los vivos moviliza a toda la población y deja héroes como Marcos Efrén Zariñana, la Pulga, de 1,54 de estatura, o Los Topos que llegan a formar posteriormente una Asociación de rescate.

Héroes que trabajan en la búsqueda con esos edificios colapsados, divididos en la narración entre edificios del gobierno, edificios habitacionales o los hoteles. En las crónicas de otros autores invariablemente aparece el Regis, pero Elena cita a todos, el Hotel Romano, el Versailles, el Principado, el Carlo, el Finisterre, y otros que amenazan con caer, como el Ambassador, el del Prado, el Presidente y Chapultepec, pero también en escuelas y edificios gubernamentales que se han venido abajo: las dos torres de los Juzgados de lo Civil, la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, el colegio Nacional de Educación Profesional y un largo número de edificios que se han derrumbado o se han plegado sobre sí mismos.

En la estructura del relato, la muerte se contrapone con la vida, de manera que la noticia de la enfermera que sale del edificio y ve precipitarse al vacío cunas con bebés dentro, se continúa en el siguiente párrafo con la noticia «Sacaron esta mañana a 40 personas que llevaban más de 24 horas sepultadas» (26).

Es desolador el esquematismo de la información: «De la Secretaria de Trabajo rescataron a 22 personas con vida, 8 muertos; hay 50 desaparecidos» (27). Datos que se completan con un resumen del “Saldo del primer día”, donde nuevamente surgen las cifra.

La injusticia, la mala acción del ejército se narra a través de los protagonistas, como Rodolfo Mora, o Lucas Gutiérrez el dueño del restaurante Super Leche, que se suman a otros personajes anónimos que se resisten a dar su nombre al reportero, como Alberto Herr o Eligio Avalos.

La verdadera dimensión de la tragedia se ofrece a través del diálogo escueto, apenas pregunta y respuesta que no añade nada. Desde *La Noche de Tlatelolco*, la periodista maneja con singular maestría el diálogo, un diálogo aprendido en las innumerables entrevistas que su labor ha dejado en la grabadora. Las voces transmiten realidad sin paliativos eufemísticos y sin adornos de ficción, en su escueta verdad

Un claro ejemplo se encuentra en las preguntas, que, de repente, interfieren en el relato:

¿donde esta Jorge?
 ¿No has visto a Patricia y a Roberto?
 No hay respuesta.
 ¿Quieres un café?
 No.
 ¿Necesitan algo?
 No. Nada (35).

Y, sin embargo, la ficción se tutea con la realidad, pues en el recuerdo Josefina Bohorquez, la mujer que da vida a Jesusa Palancares, ha dejado de ser real para transformarse en el personaje de ficción. Lo anecdótico, lo intrascendente da color a los sucesos y transmite cierto aire de normalidad. Es el caso de la descripción que realiza de Alonso Solano:

Alonso Solano Gonzales es un hombre muy bonito no porque sea bonito, sino porque sus palabras suenan redondas, rotundas, sonoras, son campanas. Es pequeño y fuerte 'xocoyotito – diría la Jesusa Palancares –, una cosa así apochadita su cabeza redonda y maciza como sus palabras (35).

Son pequeñas historias como pequeñas anécdotas que llenan el espacio junto al reconocimiento de lo esenciales que fueron los radioaficionados y como la radio fue dando noticia de los vivos y avisos «cientos y cientos de mensajes por la radio» (43) la solidaridad que se hace realidad en sus distintas manifestaciones, como el conductor que escuchó el mensaje de la situación de Hernán Figueroa, y que al llegar a Veracruz informa a la familia. Radio Universidad, Radio Mill, Radio Barrilito: la radio sustituyó a la imagen de la televisión, y se tornó activa y eficaz.

La reiteración de las palabras “nadie y nada” señalan los cambios de tema y el aumento paulatino de la tensión

Pinche gobierno, no sirve pa' nada (45).

 – Ya no tengo a nadie
 – Yo ya no soy nadie
 – Yo ya no soy yo
 – Aquí nadie se ha volado nada
 – El policía: yo lo vi robando (51-52).

La crónica de Elena Poniatowska enjuicia, es especialmente crítica con el gobierno, pero también con otros órganos de poder. Es el caso de Televisa.

Cuando cede la palabra al director quien explica sus «buenas obras», éstas se desmienten por su comportamiento y revela la contradicción de sus supuestas acciones de buena voluntad. Los medios de prensa y el gobierno carecen de ética como demuestra el amarillismo con que se trata el caso de Elia Palacios Cano

Uno de los relatos más duros es el de Salomón Reyes, «vide como se desató el temblor [...] lo primero que pensé fue en mis hijos, mi mujer» (55). Uno a uno los pierde pero su pérdida aun será mayor porque, como reflejan sus palabras, no puede encontrar apoyo en su mujer que enloquece ante el dolor. Es un caso trágico pero carece de la ejemplaridad de Consuelo Romo quien, tras perder a toda su familia, su hermana y su hija con sus tres nietos, se vuelca en la ayuda a los voluntarios durante más de un mes porque, aunque ha perdido todo, no puede dejar de querer «En ese puesto, puse todo mi amor, todo lo que tengo dentro de mí para poder ayudar, porque sabía lo que la demás gente sentía porque lo sentía en carne propia» (66). Pero como narra Poniatowska 20 años después «Durante la batalla por salvar vidas, perdió ambas piernas al quedar prensadas por una viga» (*Nada. Nadie las voces el temblor, 20 años después*”).

La situación vivida por Elia Palacios, rescatada por su sobrino al cabo de tres días, resume vívidamente la situación de los atrapados bajo los escombros, como la falta de alimento y agua, que unida a la gangrena que se le extiende por el brazo, comienza a producirle alucinaciones. Y en medio del desastre la impotencia de los ciudadanos ante un estado corrupto que impide la acción popular, la única realmente efectiva.

El gobierno incluso se permitió impedir la acción de los ciudadanos; a muchos desesperados se les impidió el acceso a los escombros en que estaban sepultados sus familiares, como en el caso atroz de la familia Gironella, el impulso popular se vio coartado; la voluntad de ayuda detenida. La impotencia enferma – También a los ciudadanos se les retuvo en sus casas (81).

A partir de este momento el libro se convierte en una denuncia continuada contra el gobierno y anima a la insurrección a través de las voces de los protagonistas «Invito a los que tienen un dolor tan grande como el que tengo en este momento a señalar culpables y a acusar» (90). El terremoto puso en evidencia que «la ciudad de México se vino abajo vencida por el peso de la corrupción» (Poniatowska. *Nada. Nadie las voces el temblor, 20 años después*”: s.p.)

Paulatinamente la desesperación se advierte en los avisos de búsqueda de aquellos que se dice han sido vistos en algún lugar. Las palabras de Andrés Escoto con respecto a su hermano Alejandro (*El Lobo* que nunca se quejaba), trascienden una realidad que no se puede asumir: «no murió porque los buenos son inmortales» (246), y es a su vez un epitafio de rebeldía, resignación y esperanza.

A medida que se acerca al final del libro los epígrafes adquieren una mayor relevancia, con vestigios de verdaderos titulares como “El hombre que salió solo de los escombros de la SECOFI”, que retrata al mismo tiempo la tragedia y la esperanza. Porque tras él quedan sus compañeros moribundos.

Conforme avanza hacia el final el ritmo de la denuncia, la acumulación de los errores, los abusos y la fuerza policial del gobierno se hace más y más trepidante, avanza como una ola del horror vivido y al mismo tiempo, comienza a aparecer la figura de la periodista, quien en “Como se rehace la vida”, vuelve a sus propios recuerdos:

Miro a Gloria Guerrero y me pregunto cómo se rehace la vida; la miro estrujar un klínex ya hecho pedazos; su rostro, sé que jamás voy a poder borrarlo [...] Me pregunto cómo le hizo mi madre después de la muerte de Jan a los 21 años; qué hizo cada mañana al levantarse, cómo logró comenzar el día, poner un pie detrás de otro (252).

Cuaderno y grabadora en mano (ese cuaderno «de forma francesa de 100 hojas», 295) recoge los últimos testimonios de las calles y los albergues, muchas veces vacíos, ante el temor a las represalias de los órganos del poder. Y resume al final con los epígrafes las consecuencias del terremoto devastador: «¿Dónde están los cuatro mil damnificados del multifamiliar Juárez?» (293), «Hay que integrar un nuevo tipo de Brigadas para rescatar a los vivos» (290), «¿Cómo pagar una casa de cuatro millones?» (292), «Los curiosos iban a un espectáculo» (297), «Invaluable la ayuda juvenil en el rescate» (298), «Que esto siga para siempre» (300), «Las brigadas permanentes» (307).

Las últimas páginas se encabezan con verdaderos titulares que son a su vez una propuesta de cambio encaminada al futuro: «Combatir el olvido» (302), «El surgimiento de una sociedad civil» (303), «La dimensión de los daños psicológicos» (305), «Se han perdido demasiadas vidas» (307).

El toque nostálgico, sin embargo, surge a través de las palabras de Anne Marie Mergier, corresponsal de la revista *Proceso*, que recién llegada de París describe su impresión ante una ciudad derruida. La melancolía con la que contempla el mundo de un México que nunca más volverá a ser el mismo ni material ni socialmente cierra esta crónica a medio camino entre el reportaje y la novela histórica y testimonial.

Todo lloró dentro de mí, mi bella avenida y su gigantesca sonrisa chimuela; como reencontrar a una vieja amiga muy bella que se hubiera vuelto vieja [...]. Algo dentro de mí intentó decirles algo a los muertos que erraban por las calles heridas (246).

Como destacó Claudia Parodi es el vocabulario de la ausencia lo que destaca en la obra de Elena Poniatowska: «las expresiones de la pérdida, la desola-

ción y el fracaso, las palabras de solidaridad ante el dolor propio y ajeno incrustadas en el registro popular» (129). Pero a su vez, el registro periodístico que utilizar se inscribe en la corriente del New Journalism, de acuerdo con la tesis expuesta por Judy Maloof, para quien, en esta obra de la periodista, se hacen una amalgama de discursos desde los documentos oficiales a cabeceras de periódicos «And journalist accounts, photographs, and fictional writings characteristic of New Journalism» (137).

Monsiváis y Guadalupe Loeza

A los veinte años del terremoto, vuelven a surgir publicaciones que parten del punto en el que lo dejó Elena Poniatowska: las consecuencias, lo que se auspiciaba a través de esos ‘nadies’ que salpican el relato y que se presentaba como el futuro deseable, en buena medida se ha convertido en realidad.

Monsiváis se sitúa en paralelo a la obra de Elena ya que, como indica Sara Poot ambos encabezan «las páginas más críticas, cuestionadoras e inquisitivas de la crónica actual» (126). El periodista redacta un discurso político desde las primeras líneas: la solidaridad contagiosa de aquellos días unida a la ineptitud, la desinformación, el terror, las pérdidas, los rumores y la impotencia dio lugar «a la mentalidad que hace creíble (compartible) una idea hasta ese momento distante o desconocida: la sociedad civil, que encabeza, convoca, distribuye solidaridad» (9).

El texto de Monsiváis desde su comienzo es político e hilvana un discurso que marca su oposición al gobierno en unas circunstancias singulares: el año previo a las elecciones que darán el poder a Felipe Calderón – en la misma línea de Vicente Fox – frente a López Obrador de quien señala que sin ser rigurosamente de izquierdas y aunque «viene del autoritarismo priísta», es el único «ligado al paisaje de izquierdas con posibilidades de triunfo», (44). Este último será el candidato protagonista del relato nuevamente testimonial de Elena: *Amanecer en el Zócalo*.

En su *flash-back* el escritor recoge la actividad sindicalista desde finales de la década del Cincuenta, así como la aparición de EZLN, el discurso del subcomandante Marcos («que se opone a la parálisis verbal de la izquierda», 38) y la defensa de los indígenas a los que señala, el gobierno soslaya a través la invisibilidad social «que es una consecuencia de la homogeneidad» (39).

Pese a todo, la sociedad civil avanza como demuestra en la lista de logros que se desprenden de la solidaridad vivida. La caída del PRI, la creencia en el cambio, la transformación en el vocabulario que generaliza y populariza los términos utilizados en las ciencias sociales, la creación de Asociaciones como la de Los Topos o Las Costureras (43).

La segunda parte del libro está formada por las crónicas publicadas en *La Jornada*, que comienza con la fecha: «día 19: hora: 7, 19. El miedo». Y aquí nuevamente se repiten los sucesos, la pequeña historia cotidiana que cubrió las páginas de los diarios de México durante el largo mes de septiembre del 85.

Elena narra y deja que el lector concluya. Monsiváis ofrece la respuesta. La misma historia de la mujer que, en su terquedad, no quiere salir de la casa – ni a pesar de las rogativas e insistencia de sus vecinas («aquí me quedo») – se convierte en un icono de los ciudadanos, símbolo de la resistencia de los habitantes en el DF, conminados a la acción política tras la catarsis que supuso el terremoto.

A su modo y sin pretender rango de símbolo, ella representa en buena medida el espíritu que anima a la ciudad misma, devastado, contaminado, violentado, expoliado, y sin embargo orgulloso de su terquedad (65).

La obra coordinada por Guadalupe Loaeza (*Terremoto. Ausentes/presentes*), frente a *Nada, nadie* y la segunda parte de *No sin nosotros*, si bien se inicia con el día y la hora que sumió a México en la tragedia, conforme avanza se organiza y distribuye de forma acorde con los distintos colectivos que intervinieron en el rescate. En general, y aunque reitera la denuncia (el testimonio de Aida Castañeda asegura que el ejército no llegó para proteger a los ciudadanos, sino para saquear), el tono es más optimista y se centra sobre todo en la acción positiva de los Los Topos, las Costureras, la Cruz Roja o las Damas del Hospital. De igual modo recoge varios testimonios de otros cronistas, que se amalgaman para nuevamente impeler a la sociedad a la necesidad de un cambio. Se repite el testimonio de Gloria Solís o Alejandro Villamar quien se apresura a socorrer a su padre hasta que logra rescatarle, uno de los muchos hechos inexplicables: sobrevivió a pesar de tener rotas las piernas, el cráneo y las costillas. El terremoto supone un cambio personal y social, muchos de ellos se descubren a sí mismos en la solidaridad y toman conciencia de la capacidad ciudadana. Pero al tiempo instan a un cambio, como afirma Jesús Enrique Aranda, quien, tras su testimonio, anima a la urgencia de fomentar una verdadera cultura de la protección civil.

El apartado dedicado a los cronistas lo encabeza Elena: su voz se extiende hacia el dolor porque en *No sin nosotros*, «Uno aprende más del sufrimiento que finalmente de la alegría». Su relato anticipa el de Juan Soriano, con sus toques de humor negro, que da paso al relato de Monsiváis, quien nuevamente habla del “Empoderamiento de la sociedad”. En la destrucción se centra Humberto Mussacchio con “Ciudad quebrada” y concluye en el juego de palabras que en sí es una denuncia de la propia coordinadora, Guadalupe Loaeza, “Lo que se calló de lo que se cayó”.

La tercera parte tiene un sentido práctico pues, aunque el libro es un constante asombro de casos singulares que sobrevivieron, como el del niño prematuro Jesús Manuel, sin embargo finaliza con una serie de acciones a seguir ante situaciones catastróficas.

Conclusiones

La obra de Elena Poniatowska al igual que la de Monsiváis o Loaeza es un texto híbrido. En el de Monsiváis se conjuga la propuesta política inicial con la base que la sustenta: sus propias crónicas publicadas en *La Jornada*. La de Guadalupe Loaeza es una nueva versión que reúne la pluralidad de testimonios recogidos tanto de los propios autores de las crónicas – entre los que se incluye Elena Poniatowska – como del pueblo y de la calle. La diferencia reside en el carácter singular con que Elena narra la tragedia. Como en otras ocasiones reinterpreta y construye verdaderos retratos de sus personajes.

¿Historia, ficcionalización, autoficción? la crónica de Elena como indica Sara Poot conjuga la creación con un acto de recreación, especialmente de las voces que pueblan la obra, cuya individualidad forma el coro de la voz colectiva. Ya en *Fuerte es el silencio*, surge uno de los imaginarios frecuentes en la escritora, las voces de los que no tienen voz: «¿Quién anda allí? Nadie, contesta la multitud» (11). Esta falta de nombre que impide el reconocimiento personal del individuo se transforma en el título del siguiente libro de crónicas, para adoptarse como título. El silencio (*Fuerte es el silencio*) y la inexistencia (*Nada, nadie*) caminan juntos.

Uno de los ejemplos que se pueden citar entre otros se encuentra en el ensayo que inserta en *Terremoto* (Loaeza) donde afirma que, durante su recorrido de cuatro meses por todos los lugares afectados, encontró la solidaridad de los jóvenes, incluidos grupos marginales como los punk, que no quisieron decir su nombre y quedan en el anonimato de su colectivo: «Nadie los veía» (72).

La crónica de Elena Poniatowska se adapta al mismo terremoto, es un *in crescendo* que comienza con un relato personal a nivel de la experiencia y conforme avanza crece en cifras, desastres, muertos, heridos, damnificados, dejando al desnudo la corrupción del gobierno, los intereses personales, el robo policial, los abusos, una clara denuncia que aumenta conforme nos adentramos en la crónica y que finalmente estalla como lo hace el terremoto pero no para dañar a los más débiles, sino para catapultar y destruir con el advenimiento de la conciencia crítica, por parte de la sociedad mexicana, los abusos del poder.

Para frenarlo se encuentra el poder de la palabra como expresa a través de las afirmaciones de Anne Marie Mergier: «¿Es posible dejar que las palabras estallen y estallen las imágenes y quien las escribe también» (310).

Su texto es un texto híbrido, como reitera Dawn Slack², formado por distintos intertextos que van desde las cifras a los informes y a las cuñas literarias que otorgan intensidad al relato. Bajo la lupa que sabe mirar en lo pequeño y olvidado, las mujeres en la obra cobran un protagonismo esencial. Son las menospreciadas que, de repente, toman las riendas con su sentido de supervivencia, pero sobre todo con la conciencia de que si no tienen fuerzas para retirar ‘el concreto’, sí pueden ayudar a superar el drama:

¿Quién lucha en esta ciudad disfuncional contra el crimen, la pobreza, la falta de servicios? Obviamente un gobierno que a la hora de la verdad no reacciona ni se la juega con los habitantes. ¿Se presentó a la hora del sismo? Antes llegaron señoras de trenza y mandil cargando 350 cazuelas de arroz, 500 de frijoles, agua, mucha agua, de La Merced, de Tepito, de la colonia Guerrero, de la Bondojito, porque saben mejor que nadie lo que es el sufrimiento y como paliarlo. «A ver comadrita, no está perdida, véngase pa’cá, lo primero es lo primero y por lo pronto se va a usted a tomar este té y va usted a ver que encontramos a su gente» (“*Nada, nadie, las voces del temblor*, 20 años después”: s.p).

Bibliografía citada

- Loeza, Guadalupe (ed.). *Terremoto. Ausentes/ Presentes. 20 años después*. Mexico: Planeta mexicana. 2005.
- Maloof, Judy. “The construction of a collective voice: New Journalistic technique in Elena Poniatowska’s testimonial: *Nada, nadie: Las voces del temblor*”. *Hispanófila*, 135 (2002): 137-151.
- Monsiváis, Carlos. *No sin nosotros. Los días del terremoto: 1985-2005*. México: Era. 2005.
- Pacheco, Jose Emilio. “Las ruinas de México (Elegía del retorno)”. Id. *Miro la tierra*. México: Era. 1987: 11-41.
- . *Las batallas en el desierto*. México: Era 1981.
- Parodi, Claudia, “Mexico álgido, las voces de la resistencia en la ciudad, *La noche de Tlatelolco, Nada, nadie* y *Amanecer en el Zócalo*”. Rocío Oviedo (coord.). *Elena Poniatowska. México Escrito y vivido. América sin nombre*, 11-12 (2008): 127-132.
- Poniatowska, Elena. *Amanecer en el Zócalo*. México: Era. 2006.
- . *Nada, nadie. Las voces del temblor*. México: Era. 1987.
- . *Fuerte es el silencio*. México: Era. 1980.
- Poot de Herrera, Sara. *Viento, galope de agua. Entre palabras: Elena Poniatowska*. México. F. R. U.V. Mexicanistas: Oro de la Noche. 2014.
- Slack, Dawn. “Exploring disaster experiences through Elena Poniatowska’s *Nada, nadie: las voces del temblor*”. *Diálogo; an interdisciplinary Journal published by the Center for Latino Research at De Paul University*, 17 (2014), 1: 9-21.

² Quien destaca a su vez el poder de la palabra como instrumento imprescindible para la asunción y comprensión del trauma que provoca el desastre.

Sitografía

- Arriola, Juan Federico. “Los terremotos que cambiaron México hace 25 años”. *El imparcial*, (25/6/2014): <http://www.elimparcial.es/noticia/70954/opinion/> (consultado el 3 de septiembre de 2016).
- Paz, Octavio. “Escombros y semillas, 10 octubre 1985” - *El País*. http://elpais.com/diario/1985/10/10/opinion/497746806_850215.html (consultado el 3 de septiembre de 2016).
- Poniatowska, Elena. “Nada. Nadie las voces el temblor, 20 años después”. *La Jornada*, 14 de septiembre de 2005: www.jornada.unam.mx/2005/09/14/index.php?section=cultura&articulo=a07a1cul (consultado el 3 de septiembre de 2016).